

aunque a veces su destreza
se le vuelva del revés:

Eran parte en la contienda
tu bravura y tu poder;
y tú, clavado en la arena,
no le dejabas hacer.

Tu dolor estaba en juego
ciertamente, pero ¿y qué?
el dolor ruge en lo oculto;
es callado y no se ve.

Tú eras un bruto insensible,
y hay famas que sostener;
y lo importante es la fama
que has querido oscurecer.

El soñaba con matarte;
tú, con triscar y pacer;
pensamientos muy dispares
entre un hombre y una res.

Te citó a que le mataras,
para matarte después;
y el reto, cumplidamente
debiste corresponder.
—Morituvus vos salutat.—
debió tu consigna ser.

Cuando a morir nos empujan,
¡inútil retroceder!

Gladiador del siglo veinte
que no supiste caer.
¡Una cornada certera,
y hubieras quedado bien!

VICENTE NERIA

«LOS DIOS MENORES»

LA exposición filipina del Retiro guardaba entre otros encantos una gruta rústica sobre la cual se levantaba un templete amanerado y remotamente árabe. En sus paredes se leían poesías e inscripciones en todos los estilos literarios. Pero lo más corriente eran los enlaces de nombres: «Julio y Matilde». O una fecha y debajo: «¡Ingrata!». Todo ello de un lirismo fiambre. Otras veces el epitalamio tenía historia; y algunas veces el letrado era un grito del alma: «El Director de mi Colegio es un tal y un cual». Lapidario.

Allí hemos fumado nuestro primer pitillo y hemos descubierto el amor. Y de aquel rincón hicimos cuando estudiantes nuestro Ateneo donde discutíamos todo y por todo, cambiábamos nuestras impresiones o nos leíamos de cabo a rabo el «Gedeón» de Navarro Ledesma y Roure y el «Madrid Cómico» de Sinesio Delgado. Y oíamos con la boca abierta las bélicas fantasías de Pepe Cousiño y examinábamos sus diseños para los figurines de los brillantes uniformes de sus bravos coraceros de Silesia, el *Feudo* de sus fantásticas aventuras y hechos de armas.

Por él conocí en los claustros de la Universidad Central al inolvidable Andrés Amado, el profesor-periodista y novelista gallego Prudencio Iglesias Hermida y al poeta Santiago Iglesias y Gallego Figueroa.

Todos ellos han fallecido ya.

Andrés Amado era el asombro de todos. Simpático y dicharachero, reidor y dinámico, en todas partes estaba: en todas partes se le oía reír. Pero llegaban los exámenes y siempre los suyos eran los mejores y él el primero. Se le veía en una fiesta y al día siguiente era el número uno en sus oposiciones a Abogado del Estado. Se le veía riéndose con su risa franca y alborozada en su butaca de la cuarta de Apolo y le sobraba tiempo para el día siguiente ser Director General con don José Calvo Sotelo. Se le veía de paseo por la Castellana u honrando su toga por las Salesas, y al otro día era Ministro de Hacienda bajo la Presidencia del Caudillo Español. Y siempre llano, reidor, y con su eterno puro entre los dientes.

A Santiago Iglesias y Gallego Figueroa, al que todos llamábamos «Chipito», le tuve por mi colaborador. ¿Dónde habrá ido a pa-

rar el original manuscrito de nuestra comedia? «Aires distintos», que *estuvo* para estrenarse en Lara.

Santiaguito Iglesias era, además, imprescindible en los salones mesocráticos. Alto, fino, guapo, de pelo castaño oscuro y ojos grises, vestía elegantemente, bailaba, cantaba, recitaba, imitando a Ricardo Calvo que entonces no llevaba «don» y era solo Ricardito; hacía juegos de manos... Pero esto no fué obstáculo para que su novia le dejase por otro. Tan enamorado estaba de ella y tan en serio lo tomó, que le dió un ataque de romanticismo y se hizo bohemio por ver si olvidaba. Pero como de todo sabía menos de la mala vida, de la que no sabía nada, sólo consiguió que la tuberculosis se le llevase al otro mundo en pocas jornadas. Y eso que su padre, don Fernando era médico. Médico y poeta. Como el abuelo, don Santiago conocido por «el médico de los sonetos».

Santiaguito fué poeta también y de los buenos. Algo dejó editado. De él es esta bella composición, que copio:

«Figuras de barro que yo amé de niño,
fué para vosotras mi primer cariño;
dichoso me hicisteis vivir un momento
cuando os ví entre musgo, cubiertas de harina,
poblar las montañas de mi nacimiento...

¡Viejos caserones, fuente cristalina,
bailadora eterna, serios Reyes Magos...
Volved al camino brillante de escarcha,
llevando en las manos la pesada ofrenda;
empreded de nuevo vuestra vieja marcha...
Arbolillos verdes, sombread la senda...
En vosotros vive todo lo perdido...
Fué para vosotros mi más puro canto...
Me traéis caricias, ensueños, y olvido...
De mis ojos tristes alejáis el llanto...
¡Mis viejos amigos! ¡Mis fieles amores!
¡Figuras de barro! ¡Montañas! ¡Pastores!

Prudencio Iglesias tenía sólo un año más que yo; pero cuando me veía, me echaba una manaza por encima del hombro y me decía:— ¡Adiós, pequeño!—Y yo le contestaba:—A tus órdenes, don Pruden.

Todos los amigos le llamábamos así: don Pruden, porque al fin y al cabo era un catedrático auxiliar de Historia en el Instituto del Cardenal Cisneros. Y él nos llamaba «pequeños» a todos y tenía razón, porque el más fuerte de nosotros se hubiese podido hacer una americana con la tela que empleaba él en hacerse un chaleco. Era monumental. Y resultaba tiernamente cómico ver como remate de aquella figura de coloso una cabeza de muñeco coloradita y de nariz pequeña, boca gruesa y encarnada de pequeños dientes y ojos de un azul tan límpido y transparente que brillaban más que los an-

chos cristales de sus gafas redondas. Era un hombre tan fuerte que podía haber matado a su enemigo estrujándole entre sus brazos. Contando con que tuviese algún enemigo, supuesto aventurado e improbable por su extremada bondad.

Tan fuerte era que un día, actuando de primer espada en una becerrada que daban en una plaza de las afueras, (¿acaso en la Ciudad Lineal?) unos cuantos deportistas: Armando y «Patoche» Giral, entre ellos; y Luis Valcárcel; y Ricardo Zamora, como entre el público tuviera don Pruden una amiga linda y rubia con la que le interesaba quedar bien, para lucirse más quiso llevarse a la res bajo el tendido donde ella estaba, para que disfrutase de la faena que pensaba hacer. Pero, o la ciencia taurina del espada no llegaba a tanto o el becerrete era francamente descortés, el caso es que el cornúpeta no obedecía. Mas don Pruden no se amilanó. Con una mano agarró al bicho por un cuerno y con la otra por un brazuelo y así lo llevó en vilo hasta plantarle delante de la festejada donde le tiró al suelo como quien arroja un limón exprimido.

Fué uno de los escritores más intensos y originales de aquella época. Su prosa era como él, espontánea y musculosa. Sus novelas narran estupendas aventuras que fluctúan entre lo pueril y lo maravilloso. Y su mirada clara y dulce es la misma que puede verse en el retrato que de él figura en la Enciclopedia Espasa.

Solo y aburrido salía yo de la clase de Lógica Fundamental de escuchar una de aquellas monocordes y densas peroratas que nos endilgaba el sabio hijo de Aragón, don Antonio Hernández Fajárnés, cuando se me acercó un galleguito rizado, feucho, espigado y airoso que, sin más ni más, me dijo:

—¿Y como dices que te vá?

Yo le miré con sorpresa, poniendo la tan acreditada «cara de primo» del despistado, y por contestarle algo, fuese lo que fuese, le respondí:

—Como tú quieras.

Era Pepe Cousiño. Un muchachito impar, revoltoso, sencillo, enamorado, inteligente, sentimental y religioso.

Hace veinte años, aproximadamente, que, de paso yo por Madrid, estuve un día en su casa. Pepe era, por aquél entonces, Académico de la de Jurisprudencia y Legislación, Abogado Fiscal sustituto de la Audiencia, Abogado de los Guardias de Asalto. Tenía un imponente despacho estilo español antiguo y en el gabinetito de espera dos pasantes; sus hijos, Carmen y Pepe, estaban ya en estudios superiores; el mundo era pequeño para él. Sin embargo: en un momento en que nos quedamos solos, aquella fortaleza se derrumbó:

—¡Qué vida Rafael, qué vida ésta!— me dijo — ¡Cuánta mentira, cuánta lucha!

Y pasándose la mano por la frente, y acariciándose el pelo aunque ya claro todavía rizado, añadió:

— ¡No puedo más; no puedo más!

¡Pobre Cousiño! Cuando se liberó Madrid, me dijeron que durante el trágico mes de Julio del año 36, los Guardias de Asalto, aquellos mismos Guardias de Asalto a los que siempre defendió y asesoró paternal e inteligentemente, le sacaron de su casa a la que no ha vuelto más.

Tú, Santiaguito Iglesias; tú, mi buen Pepe Cousiño; el gran don Pruden; el ingente Amado; y mis padres; y mis hermanos; y la hijita que se nos murió en los brazos de mi mujer; y... y... y...

Todos, ya,.... ¡figuras de barro!

RAFAEL GOZALEZ CASTELL

SUSCRIBASE USTED

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º *Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º *Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º *Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º *Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.
- 6.º *Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo.

TE VEO...

—La chica, según dicen. toas las tardes
junto a la fuente de los pinos habla
con un mozo, Juanillo.

—¡Qué diablo!..

¿Y ese mozo, quién es, tía Adelaida?

—¿Pero quieres que yo te lo diga
pa sortarle una gran tulipaina?

Arrancá un cariño es mu difícil,

y yo sé bien que tú por la muchacha

eres capaz de cuarquier cosa seria;

pero ten un poquillo más de carma,

mira bien, reflexiona con tiento

y piensa de la moza que se trata,

y deja de quererla... y t' aconsejo

que no güervas a mirá ni pa su casa.

Tú regüerve tan pincho como antes

lo que tié de valía una muchacha

y siémbrale en el pecho tu cariño

y déjate de murgas.

— ¡Tía Adelaida!